

«mitada, causa diaria de odios y celos, por la relajacion y desaparicion de las ideas de justicia y de moral, por máximas de engaño y de violencia.

«¿No es incontestable que las costumbres de la clase obrera se malean de dia en dia, y que se borra con ellas el sentimiento del derecho? ¿Qué les queda? el racionio en lugar de las creencias, el cálculo en lugar del sentimiento. Y en medio de ese quebrantamiento general de las costumbres, de las creencias, en medio de ese movimiento que arrastra todas las nociones morales y religiosas, ¿qué fuerza teneis, señor Ministro, para gobernar la sociedad? el interés y el miedo¹.»

Así, se ha convertido el obrero en una máquina que funciona en provecho de su dueño, y es tan desgraciado como degradado. Se han extinguido en su corazon los mas nobles sentimientos del ser racional. Su hijo se ha convertido para él en objeto de especulacion. La vida moral del ángel de la tierra es de ningun precio á los ojos de su padre; y pegado perpétuamente á su telar ó á su martillo, no conoce mas sensacion que la animal, así como no come otro pan que el de las criaturas materiales. Es preciso, pues, introducir el Cristianismo en los talleres y manufacturas, á fin de proteger la vida física del obrero contra la avidez y la dura codicia de los especuladores, y la vida moral y física del hijo contra el egoismo paternal, contra el trabajo incesante, contra la devoradora corrupcion y contra la impetuosa fogosidad de las pasiones.

Una ley *séria* y *completa* sobre el trabajo en las manufacturas es el primer remedio para el mal. *Séria*, debe querer el restablecimiento del orden, tan funestamente perturbado; *completa*, debe hacer obligatoria para los adultos, como tambien para los que no lo son, la santificacion de los domingos y demás fiestas. Esa ley es posible, es necesaria. Es posible; porque ¿qué razon hay para no hacer en Francia lo que se hace en Inglaterra? ¡Ved esa soberbia rival, esa nacion tan prodigiosamente activa, permanecer inactiva todos los domingos! Y ciertamente que su industria no está menos próspera ni adelantada que la nuestra. Es necesaria; porque son las costumbres las que hacen fuertes á los pueblos; son las creencias las que forman las costumbres; es la enseñanza la que

¹ Mr. José Croze. Carta 3.

infunde las creencias en los corazones. Y la clase obrera carecerá de enseñanza religiosa, si trabaja los domingos; por consiguiente ni creencias ni costumbres posibles. «Se ha dicho ya con toda la autoridad de la experiencia: es preciso que el obrero descance un dia á la semana. El trabajo en los dias festivos trae inevitablemente consigo el descanso en los lunes. Pero este descanso, despojado de todo acto moral, de toda práctica religiosa, no es en realidad sino un estímulo á las pasiones brutales. Así por una deplorable anomalía, lo que debia reparar las fuerzas de los obreros, reanimar su ardor para el trabajo, robustecer los lazos de familia y desarrollar las buenas inclinaciones, se ha convertido en causa de degradacion física y moral y de mortífera miseria.

«Por otra parte, todo se enlaza en el orden moral y material de las sociedades. Se lamenta, y con razon sin duda, que desde el mas elevado hasta el mas inferior grado de la jerarquía del Estado, carece la autoridad de prestigio y fuerza moral. Pero lo que la constituye es precisamente la fe, es el culto tributado á la autoridad suprema de que emana. La autoridad de Dios no protege á la del hombre, cuando esta repudia ó desconoce su augusto origen. Si queremos, pues, que nuestras leyes sean respetadas, sepamos hacer respetar la ley de Dios en todo y por todo¹.»

Para esto sed consecuentes con vosotros mismos, y haced obligatoria para todos la ley que previene la observancia de las fiestas. «Mucho será ya, sin duda, prosigue Mr. Villeneuve, haber preservado á los hijos de los obreros de un exceso de trabajo que gastaba sus fuerzas. Pero, creedlo bien; no habrémos preparádo sino muy imperfectamente el camino de su porvenir, si no preservamos su tierno corazon del contagio de los vicios y de la corrupcion, de que tantos talleres nos presentan numerosos ejemplos. Es preciso, pues, que nada suscite en el alma de los niños la duda, la indiferencia, y acaso el desprecio de los deberes que se le han enseñado. Pero ¿qué sancion tendrian á sus ojos los que se les hiciesen obligatorios, y de que estuviesen dispensados sus padres y demás obreros? ¿Qué respeto tendria á leyes que veria violar de continuo dentro y fuera de los talleres? ¿Cómo persuadir á los niños y á los obreros, que deben descansar y pasar vir-

¹ Mr. de Villeneuve, *Discusion de la ley sobre el trabajo de los niños en las manufacturas*. (Diciembre de 1840).

«tuosamente en familia los dias festivos, cuando se permite el trabajo en esos dias y se tolera sin necesidad, hasta en las empresas á cargo del Estado ?»

El tribunal de comercio de Lille indica los mismos abusos, reclama los mismos remedios, pide que se amplie la enseñanza religiosa en las escuelas, insiste en la necesidad de confiarla á eclesiásticos, y recomienda la observancia de los domingos y demás dias festivos.

«Lo que nos parece necesario, añade, es que la reforma no se limite á los niños, sino que se extienda á los talleres y que penetre en el seno de la familia. Esta, lo sabemos ya, es una obra que no está al alcance de la ley; pero creemos que la administracion puede prestarla un poderoso apoyo, provocando y alentando la intervencion de los jefes de la industria en esta nueva via; invitándoles á robustecer y á hacer mas eficaz, por la asociacion y unidad de sus esfuerzos, la accion de un patronato que está tanto en su interés como en su deber; facilitando las mejoras que nacerian de esta suerte de las disposiciones locales y del acuerdo de todas las partes interesadas. No faltan elementos para esto. Que se haga un llamamiento á la buena voluntad y á los sentimientos generosos de los jefes de la industria, y será escuchado y contestado con tanta mas eficacia, cuanto que tendrá por objeto interesarles, por un honroso sentimiento de amor propio, en el buen resultado de mejoras cuya iniciativa pertenecerá á su celo.»

Cuarto medio de salvar la Familia: dar y hacer ejecutar una ley seria y completa, esto es, verdaderamente cristiana, sobre el trabajo en las manufacturas.

Han dicho al Cristianismo: *Sal de nuestros hospitales;* y no ha dependido de su mala voluntad que los ángeles de la tierra dedicados al alivio de todas las miserias, no fuesen violentamente arrojados del lecho del anciano y de la cuna del recién nacido. Pero han conseguido entorpecer su celo y hacerles sospechosos: si hubiese sido posible, los hubieran disgustado de su heroica mision; tan continuas y amargas son las intrigas y obstáculos de todo género que se ponen en juego. Vendiendo una gran parte de las fundaciones, patrimonio sagrado del pobre y de los enfermos, han

¹ Mr. de Villeneuve, *Discussion*, etc.

impedido las donaciones futuras, y preparado la ruina de los hospitales. No se ha ceñido á esto la obra fatal. Sin tener en cuenta los infanticidios y desórdenes morales que iban á producir, han suprimido implacablemente los tornos, y arrancado á la tierna solicitud de la caridad el niño escapado á la muerte, para ponerlo bajo la débil vigilancia de la filantropía. Y se han visto Consejos generales aplaudiendo estas medidas económicas, *invertir en caminos vecinales los fondos destinados á prevenir el libertinaje y la muerte.* ¿Qué ha resultado de esto? Hombres no sospechosos os lo dirán.

Segun Mr. Duchâtel, la mortalidad de los niños expósitos es de seis por diez hasta la edad de doce años, mientras que en los niños que viven en la casa paterna la mortalidad es en la misma edad de treinta por ciento. Mr. Remacle confirma en estos términos la opinion del ministro:

«Se ha repetido con frecuencia que se habia mejorado el servicio interior de los hospitales, que morian en ellos, lo mismo que en casa las nodrizas, mucho menor número de niños; que era enorme la diferencia entre los que mueren hoy y los que morian años atrás. Por graves que sean las autoridades en que se apoyan estas afirmaciones, no podemos considerarlas sino como ilusiones generosas. El hecho contrario está comprobado por irrecusables pruebas. En apoyo de estas reflexiones citarémos cifras. Mr. Duchâtel me dice que durante el año 1825 se depusieron 32,902 niños; salieron 14,145; murieron 19,813. Segun Mr. Benoiston de Châteauneuf, la mortalidad de los expósitos, que era en sus primeros años de 57,63 por 100, ha sido de 59,03 por 100, desde 1824 á 1833. La de las diferentes edades que era de 1 por 7,83 en 1824 ha sido de 1 por 7,35 en 1835.

«¿Cuáles son las causas de esta mortalidad? Independientemente de la constitucion enfermiza de la mayor parte de los niños, de la falta de nodrizas internas, de las dificultades inherentes á la administracion de esos establecimientos, hay una causa principal, determinante de la mortalidad: hablo de los cambios de departamento que se usan en muchos de ellos. No desconozco las discusiones que sobre esta cuestion ha habido en la prensa y en la tribuna nacional; las he leído con la mayor atencion; me he inspirado en las elocuentes páginas de Mr. de Lamartine, y en las reflexiones de MM. Terme y Monfalcon. Y debo declarar que

«Mr. de Lamartine ha tenido razon respecto á la mortalidad ocasionada por el cambio de departamento, medida tan mortífera como la guerra ó las epidemias.»

¿Que es de los desgraciados niños escapados á la muerte? ¿Qué hacen las leyes actuales para su educacion?

El aprendizaje de un oficio es el complemento de las casas de caridad. Á los doce años se pone en aprendizaje al niño; y está bajo la tutela de la administracion hasta su mayor edad. Pero esta tutela no es mas que una irrision; porque los tutores jamás visitan sus pupilos ni en casa de sus nodrizas, ni en los talleres de sus máestros: las mas veces ignoran lo que es de ellos. ¡Extrañas aberraciones de esa caridad filosófica que multiplica los beneficios en estadísticas que los hechos desmienten! El programa de las comisiones administrativas no es una verdad; la filantropía legal se condena por sus propias obras: de dia en dia va acumulando miseria sobre miseria, víctimas sobre víctimas.

El siglo XVIII ha ahogado la caridad evangélica para darnos la caridad pagana. ¿Qué es de esos monasterios, y esas Órdenes dedicadas por deber á la mejora material y moral de las clases pobres? El patronato de los fabricantes, la tutela y vigilancia de las comisiones administrativas, ¿han reemplazado dignamente el patronato de esas Órdenes religiosas, cuyas riquezas eran para los pobres, y cuya vida se pasaba entera en el consuelo del infortunio y la desgracia? Apenas hemos conservado en algunos hospitales las Hermanas de la Caridad. ¿Cómo asombrarse de la suerte de esos niños? Al llegar á su mayor edad se les devuelve á la sociedad; ¿y qué es entonces de ellos?

«Sobre esto, dice Mr. Croze, he consultado la mayor parte de las estadísticas, y ¡qué terrible espectáculo es el que presentan esos niños devueltos á la libertad! Marchan en un mundo desconocido; se agitan en un teatro movible y rodeado de todas las seducciones; carecen de protectores y amigos; han salido del hospicio sin haber aprendido á conocer á Dios; no saben distinguir el bien del mal; se estrella contra las rocas el buque dirigido por manos inexpertas; el niño salido de un hospicio viene á parar en una casa de prostitucion ó en presidio. En París, sobre cuatro prostitutas hay una al menos que pertenece á la clase de niños expósitos; la misma proporcion se observa en la criminalidad.

«Estos resultados están consignados en todas partes; ¡qué cuadro tan sombrío! ¡Jóvenes educados á expensas de los departamentos, y que vuelven mas tarde á pesar entre las cargas de los mismos departamentos, ya como mendigos, ya como penados!

«¿Puede ser de otro modo? Sin instruccion alguna entran en la sociedad, que, despues de haberles echado en un hospicio desde su nacimiento, les echa mas tarde en las casas de correccion ó en los depósitos de la mendicidad. Tal es, señor Ministro, la obra de esta filantropía filosófica que, al mismo tiempo que condena á esos desgraciados al banquete de la naturaleza, les indica luego que no hay cubierto para ellos. ¿Hay acaso nada mas á propósito para alejar al hombre del mal que la idea de que cuanto hace de malo es á instigacion de un enemigo que le odia, y que cuanto hace de bueno viene de Dios? Los hospicios carecen de esta educacion moral y religiosa. ¿Quién osará, pues, decir que la institucion llena su objeto? Los cuidados del hospicio degeneran en espantosa mortalidad; el aprendizaje es camino para la prostitucion ó para presidio.»

¿Por qué no abrir al niño expósito las puertas de una escuela rural parecida á las escuelas de Hofwyl y de Carra? Ellas presentan grandes ventajas para los expósitos. La escuela rural y las colonias son los establecimientos mas completos y mas propios para asegurar á los niños expósitos un porvenir conforme al verdadero destino del hombre en la tierra. Buenos agricultores, ciudadanos útiles, excelentes padres de familia, esos hombres sin nombre, sin familia, sin fortuna, legarán á sus hijos un nombre, al Estado una familia, á su familia una fortuna. Al trabajo es á quien deberán todos los privilegios del nacimiento, y por medio del trabajo será tambien como mantendrán sus hijos la gloriosa herencia de sus padres.

Llamar al Cristianismo de su destierro, y devolverle en los hospicios, como en todas las demás instituciones, el puesto que ocupaba, hé aquí el *quinto medio de salvar la Familia*.

Lo comprendemos; estas reformas aisladas no son bastantes para salvar la sociedad; pero en la imposibilidad de hacerlo todo de una vez, hemos debido designar las mas vivas y peligrosas llagas. Que se principie por cicatrizarlas, y el enfermo no morirá al menos. Que se penetre, pues, bien el Gobierno de la importancia de

sus deberes, y se acuerde de que los pueblos no viven solo de pan, sino de creencias y costumbres. Que desconfie de los sofistas que le extravían diciéndole que el Cristianismo acabó ya. Sí, lo sabemos, el orgullo del hombre ha creído poderse pasar de la influencia de la Religión en la dirección de los destinos de las naciones; pero sabemos también en qué abismo le ha precipitado este delirio. Sabemos también que toda la habilidad política y toda la ciencia administrativa no han conseguido crear más que lo que un ilustre orador llamaba *sociedades momias*. Á los que en nuestros tiempos quieren proseguir esos criminales experimentos, les citaremos la opinión de un hombre que ensayó también la regeneración de la sociedad, destruyendo de raíz todas sus creencias. «El que puede reemplazar la divinidad en el sistema de la vida social, dice Robespierre, es un prodigio de genio; al que sin haberla reemplazado solo trata de borrarla del corazón de los hombres, le tengo por un prodigio de estupidez ó de perversidad.»

Que el Gobierno comience, pues, por dar el ejemplo de un respeto sincero á los preceptos de la Religión; que conceda la libertad de enseñanza. Pero que no se engañe; si se continúa acariando con una mano y sacudiendo con la otra á la augusta hija del cielo; si se continúa teniéndola presa ó al menos como sospechosa; si les es dado á todos los sofistas ultrajarla con sus calumnias y diatribas; después de haberse mostrado paciente como una madre se acordará de que es reina, y sacudiendo contra nosotros el polvo de sus piés nos abandonará á nuestras propias fuerzas.

¿Quereis saber qué será entonces de nosotros, á pesar de nuestra civilización material, á pesar de nuestra industria, nuestros vapores, nuestros caminos de hierro, nuestras artes, nuestras ciencias y nuestro comercio, á pesar de nuestras cámaras y nuestra universidad, nuestros periódicos y nuestras novelas, nuestros congresos científicos y nuestros comicios agrícolas, á pesar de toda nuestra presunción? Preguntadlo al África, á la Grecia, al Asia, al Egipto, naciones célebres, en otro tiempo nuestras rivales, si no nuestras maestras en el desenvolvimiento del bienestar material. Su sangre, sus ruinas, su profunda abyección, su lamentable miseria, su barbarie, os enseñarán por nosotros. Si esto no basta, preguntádselo á la Francia del 93. Levantando su cabeza de en

medio de la sangre y escombros, os mostrará por respuesta la diosa de la razón, el terror y la guillotina. Preguntádselo á la familia, cuya historia acabamos de trazar. Ella os dirá lo que era antes del Cristianismo, lo que fue con él, y lo que es sin él: la contestación será completa.

No os engañeis: podeis sonreiros de la experiencia. Las leyes del mundo moral no son menos infalibles que las del mundo físico. Cuando el sol desaparece del horizonte, la tierra queda en tinieblas. De la misma manera, cuando el Cristianismo, sol de las inteligencias, abandona una nación, por civilizada que esté, cae infaliblemente en las tinieblas de la barbarie ignorante, ó lo que peor es, de la barbarie ilustrada; después salen las fieras de sus cavernas y vienen á disputarse los restos ensangrentados de su cadáver. Esta ley se cumple invariablemente desde que el género humano habita la tierra. No hay excepción ni para la Francia, ni para nación alguna. Ó ser de nuevo cristiana, francamente cristiana, ó morir. Tal es la alternativa en que se hallan hoy la sociedad y la familia. *Provideant consules.*

Acabamos de exponer lealmente los sagrados deberes del Gobierno. ¿Los comprenderá? Lo deseamos, porque es para él, así como también para nosotros, una cuestión de vida ó muerte. Pero si permanece sordo á tantas voces como le advierten; si deja tranquilamente perecer unos tras otros los elementos de salvación que nos quedan, ¡ah! al menos que sepa la familia mirar por su propia vida. Va también en ello su vida ó su muerte. ¿Quiere retener en el hogar doméstico el Cristianismo, único que puede salvarla? Es ante todo preciso que se penetre bien de la grandeza de sus deberes y tenga valor necesario para llenarlos. La historia que acabamos de exponerla hasta para enseñarla que las prescripciones del Cristianismo, fielmente ejecutadas, son las leyes de su existencia. Pero que lo comprenda bien, la hora del peligro ha sonado ya: las naciones no son ya cristianas; la Religión se halla frente á frente del mundo, como se halló durante tres siglos frente del mundo pagano: si existe, existe solo en la familia y en el individuo. Si la familia quiere conservarse cristiana, no puede ni debe tener pronto nada de común con el mundo anticristiano que la rodea. Su educación, sus hábitos, sus hábitos, sus hábitos, sus ciencias, sus sociedades, sus empresas, sus dignidades, sus